8-4

RELACION DE LA COMEDIA:

# LA FUERZA DEL NATURAL.

*De D. Agustin Moreto y D. Gerónimo Cáncer.*

Con el descuido, señor,
que me da mi suerte baxa,
de ese monte el otro dia
pisaba la verde falda,
tan libre de pensamientos,
tan ageno de estas ansias,
como quien vive una vida,
sin ver otra mas hidalga:
que la quietud de los hombres
pende de no envidiar nada,
que el que no ve mejor suerte,
ni la envidia, ni la daña;
y ningun hombre en el mundo
feliz ò infeliz se llama,
si estando en qualquier fortuna,
con otra no se compara.
Discurriendo sus veredas,
sentí andar gente de caza:
paré la vista, y aquí
paró el sosiego del alma.
A una fugitiva corza
siguiendo ayrosa baxaba,
armada de una escopeta:-
No sé si sabré pintarla.
No en competencia de Vénus
pintan tan hermosa à Palas,
para merecer mas digna,
blandiendo un pino por hasta:
ni à la Vénus vencedora
el Pastor con la manzana

de-

dexó tan bella, añadiendo
à su hermosura esta gracia:
ni el rubio carro del sol
por el orizonte arrastra
tanto esplendòr, quando sale
rey coronado del alva;
como una muger divina
iba venciendo bizarra
en luz, hermosura y brio,
al sol, à Vénus y à Palas.
Llegando à tenerla à tiro,
con codiciosa asechanza
terció ayrosamente el cuerpo,
afirmó al suelo la planta,
la escopeta al hombro arrima,
la vista à la punta cala,
y à la presteza del muelle
juntando la mano blanca,
tocó el gatillo, y cayendo
el pedernal, trocó en llama
el fogon del negro polvo,
porque dos tiros lograra;
pues cierto arrojó el cañon
por sendas muy encontradas,
tan presto el fuego à mi pecho,
como à la corza la bala.
A ver el feliz despojo
de la victoria iba ufana,
y pasando junto à mi,
me dexó suspensa el alma.
Arrebatado yo entónces
de mis amorosas ansias,
pronunciando de turbado
un hielo en cada palabra,
la dixe: con mas razon
pudiera volver bizarra
à verme, quien se deleyta
en ir à ver lo que mata.
Díxome: quién es el muerto?
Yo respondí: duda extraña!
¿pues ignoran vuestros ojos,
que à quantos miran, los matan?
Y reparando en mí entónces,
dixo, algo sonroseada:
Sí, porque hay muchos que viven.
Y yo repliqué: os engañan,
que los mas muertos son esos;
pues si à hermosura tan alta
rendir el alma, es un feudo
que la razon misma paga:
el que mirado de vos,
no la rinde, ò la recata,
será, porque no la tiene,
y siendo así, muerto estaba;
pues ninguno está tan muerto,
como el que vive sin alma.
Bañada en alegre risa,
dixo, volviendo la cara:
Discreto sois. Claro está
(conferida la distancia)
que seria por desprecio;
porque quando fuera tanta
mi necedad ò locura,
que tuviera confianza
de que por favor lo dixo;
mi temor lo imaginara
con tal altura, respecto
de ser mi suerte tan baxa,
que à mí, al venir por el viento,
desvanecido llegara.
A este tiempo caballeros
llegaron por partes varias,
y de su voz infirió
(para morir) mi esperanza,
que era la divina Aurora,
recien venida à Ferrara,
sobrina de nuestro Duque,
y heredera de su casa.
Cargando el muerto despojo,
de todos acompañada, se

R. 22, 163

se volvió, sin que entre tantos
alguno en mí reparara.
Yo helado, tímido y ciego,
sin poder mover las plantas,
quedé como aquella flor,
que al sol sigue, su luz ama,
y al faltarle, el cuello inclina
hácia la parte que él baxa,
perdiendo olor y hermosura,
marchita, mustia y ajada.
Mas dixo entóncés mi pecho:
ò quién su suerte imitara,
y en el mal y el bien con ella
tuviera una semejanza!
Pues ella al volver el sol,
cobrará pompa y fragrancia,
y yo no sé si seré,
como ellá será mañana.
De irse sin verme ni hablarme,
ella y los que la acompañan,
sentí de suerte el desprecio,
que olvidado con mis ansias
de quien era, volví à mí,
à ver lo que me faltaba.
Halléme pobre, abatido;
halléme humilde y sin fama;
y halléme yo, que es lo mas
esencial de mi desgracia.
Dixe entre mí: la fortuna,
la riqueza, la abundancia,
la nobleza, ¿es algun don
que Dios infunde à las almas?
Con todo, el hombre es lo mas.
No se adquiere? no se gana?
Pues cómo mi diligencia
no desmiente mi desgracia?
Sabiendo que hay mas que ser,
¿hay quien sea menos? La fama,
ò el desprecio no la busca,
ò la pierde la ignorancia.
Las suertes no cuestan mas
unas que otras, que aunque varias,
la inclinacion que las sigue,
las hace buenas ò malas.
Con aquel sudor que cuesta
al tosco la corva arada,
gastado en mas noble empeño,
logrará mayor ganancia.
Quien por el valle camina,
con los mismos pasos que anda,
dirigidos à la altura,
pasará las cumbres altas.
¿La tierra fértil ò estéril,
en sus abiertas entrañas
diferencia las cosechas?
No; la mano que la labra.
¿Trabaja mas que el villano,
siempre en la mano la azada,
quien pelea? No; mas es
mas digno lo que trabaja.
Luego si la eleccion es
quien hace nobleza y fama;
à pesar del hado el hombre
es quien se ilustra ò ultraja.
Pues débame nuevo asunto
alto empleo: que el que cava,
no hace menor el trabajo,
sino menos la ganancia.
Con estos discursos, padre,
volví tan confuso à casa
que nunca de mí esta ardiente
imaginacion se aparta.
Yo debo al cielo este aliento:
no le obscurezca la baxa
ocupacion de mi vida;
salga à ver el mundo, salga
à lograr su ardiente impulso,
honren mi diestra las armas,
busque mi aliento el peligro,
engólfese mi esperanza,

en-

ennoblézcame el empeño,
y coróneme la hazaña:
que el que atrevido y bizarro
trepa la áspera montaña,
su difícil frente pisa,
y despeñado se acaba.

## PINTURA DE UNA BELDAD EN ECOS.

SAbe, Matilde, que haciendo
colores de la poesía,
del papel lienzo, y pinceles
la pluma, mi fantasía
quiso pintar tu belleza
en sombras de luz que habia
percibido, quando al verte
te rendí el alma y la vida.
Ahora pues colige tú,
cómo el dibuxo saldria,
quando unas sombras sin alma
copiaban luces tan vivas.
Escucha lo que à mi amante
discurso se le ofrecia,
de mejor Campaspe Apeles,
tirando en ecos las líneas.
El amor à tu cabello
bello oriente lo compara:
para qué, si ya el decoro
oro de Arabia lo llama?
Aquel que tu frente admira,
mira que à su luz el alva
va duplicando en sus perlas
las diafanidades claras.
Desde tus cejas cruel
el amor rayos dispara:
para qué (ó rapaz!) conspiras
iras que alentando matan?
Aun la azucena mas bella,
ella à tu nariz la aclama;
clama que su candidez
des à su candor prestada.
Desalentado el pincel,
él en tu boca desmaya:
ya es lo que aliento respira,
ira que el aliento embarga.
En tus megillas (qué es esto!)
toda la nieve se abrasa:
brasa será lo que al hielo
lo va convirtiendo en llama.
Claro alabastro es tu cuello,
ello es cierto, y quien lo ama,
marfil lo busca, y despues
es fuego, quando lo halla.
A tu pecho lo contemplo
templo ebúrneo, à cuyas claras
aras constante y muy fiel
el mismo amor se holocausta.
Cupido astucia en tus manos
nos ofrece ò nos retrata:
trata, que quien las admire,
mire nieve, y sienta llamas.
Admirado mi pincel,
él, quando tu talle entalla,
halla una prision compuesta;
ésta, aprisionando, alhaga.
Si acaso en tu pie reparo,
paro en él mis pinceladas:
heladas se quedan, pues
es lo que ven, poco ò nada.
Lo demás que no diviso,
hizo amor, y lo declara
ara, à que ciego convida,
vida en que desmaya el alma.

FIN.